

JUSSIEU, FEIJOO Y LAS PIEDRAS DEL RAYO, O LA RAZÓN MODERNA FRENTE A LA VIEJA SUPERSTICIÓN¹

José Manuel Pedrosa

ABSTRACT:

Aim of this paper is to study the image and conception of thunderstones, believed to be fallen from heaven, and how critical thought since 17th century was dealing with such superstitions.

SUMARIO:

El objeto de este artículo es el estudio y concepción de las llamadas piedras de rayo que se suponían caídas del cielo y qué posición adoptó frente a estas supersticiones el pensamiento crítico desde el siglo XVII.

El siglo XVIII fue un siglo de transición, en España y en todo Occidente, entre un mundo de antes que se explicaba a sí mismo con el instrumental de la fe y de la magia, y un universo más moderno y racionalmente inteligible, en que empezaban a consolidarse asomos de ciencia experimental y positiva, que arrancaron del primer Renacimiento, fueron cobrando forma en el XVIII, y dieron un paso de gigante en el XIX, que es cuando puede decirse que quedó fundada la ciencia tal y como

¹ Este artículo ha sido redactado en el marco del proyecto *Gran Enciclopedia Cervantina-Version Digital*, concedido por el Ministerio de Educación con referencia: HUM2006-06393, y dentro de las actividades del grupo de Investigación de la Universidad de Alcalá-Comunidad de Madrid "Seminario de Filología Medieval y Renacentista" con referencia: CCG06-UAH/HUM-0680. Agradezco su consejo y ayuda a José Luis Garrosa y Arsenio Dacosta.

la entendemos hoy, con sus cimientos básicos, sus instituciones académicas, sus profesionales especializados, sus publicaciones, etc.

El terreno que en el transcurso de estos siglos ganaron la razón y la ciencia le fue restado, obviamente, a la teología y a diversas disciplinas que hoy nos parecen sumamente especulativas, si no abiertamente esotéricas, que se movían incluso en la órbita de la filosofía ocultista y de la astrología, y que tuvo partidarios y cultivadores eclesiásticos hasta el siglo XVIII, aunque las primeras voces escépticas contra ellas se alzaron, dentro y fuera de la iglesia, en el XVI.

Pero es muy posible que el trabajoso desmontaje de la seudociencia teológica que pretendía explicarlo todo con los interesados argumentos de la razón tomista (y con otros aún más arbitrarios) no hubiera podido ser acometido, al menos con la relativa rapidez con que se hizo, en el XVIII y en el XIX, si dentro de la iglesia no hubiese habido partidarios de la ciencia moderna, de la investigación experimental y de la evaluación objetiva de los fenómenos naturales y de los hechos sociales.

Es indudable que el padre Fray Benito Jerónimo Feijoo fue, en España, el abanderado del gran cambio de paradigma que estaba en marcha, el intelectual que con mayor denuedo, mejor método y más contrastada información, luchó para sacar el pensamiento de las tinieblas de la superstición y para encarrilarlo hacia la luz de la razón. Leer su obra prolija y enciclopédica, con su singularísima combinación de densa erudición y de pasión argumentativa, es una experiencia emotiva: sus páginas son uno de los campos más evidentes en que se libró la batalla entre superstición y razón, entre tradición y modernidad, entre un mundo cerrado sometido al imperio de una teología autista y autosuficiente, y un universo moderno abierto a la observación desprejuiciada, sin filtros ni barreras, hacia todos los lados.

No podemos, ahora, entretenernos en una glosa general de la obra de Feijoo, que ocuparía un espacio del que no disponemos, pero sí está a nuestro alcance explorar alguna de sus reflexiones intelectuales —una, en concreto, que él desarrolló en su *Teatro crítico universal de 1724-1739*—, y extraer de ella algunas conclusiones ejemplares.

Nos centraremos en el *Discurso IX* del tomo VIII de su magno *Teatro crítico*, es decir, en el *Discurso* que lleva el título de *Patria del rayo*, que es de los que tienen un enfoque con más pretensiones de objetividad científica, y de los que muestran de forma más transparente el empeño que puso Feijoo en introducir algo de luz y de razón en las creencias acerca de los fenómenos de la naturaleza. En este caso, acerca del rayo, que tantos mitos y supersticiones ha concitado a lo largo de la historia, y que tantas connotaciones y adherencias místicas, simbólicas, mágico-religiosas y hasta alegórico-políticas ha tenido.

Todo el denso y extenso *discurso* de Feijoo acerca del rayo es una apasionada declaración de fe científica que, por desgracia, descansaba sobre una base relativamente frágil, puesto que la ciencia de su tiempo no disponía todavía de las herramientas auxiliares ni experimentales que eran indispensables para respaldar tales

afanes. Ni tampoco, como él mismo lamenta, de los apoyos documentales necesarios para acometerlos. Conmueve casi leer, en el inicio del *discurso*, cómo Feijoo declara que su punto de partida era un tratado del Marqués Maffei que llevaba el título de *El Rayo no baja de las nubes, antes se forma acá abajo*, y con qué tono, más resignado que quejumbroso, reconoce y lamenta las carencias bibliográficas que limitan su acercamiento a la cuestión:

El Marqués, para las pruebas de su opinión se remite a la Carta escrita al famoso Médico Vallisnieri. Siento mucho no haber visto, ni tener esta Carta. Si alguno de los que leyesen este discurso la tuviere, le ruego encarecidamente me comunique una copia, para hacerle lugar juntamente con las reflexiones, que me ocurrieren en las *Adicciones al Teatro*. Entretanto, aunque destituidos de este socorro, no dejamos de hallar bastante materia para Filosofar.

Para un naturalista de hoy, es seguro que los argumentos de Feijoo (y los de Maffei y el resto de las fuentes que el benedictino español declara) sobre la naturaleza del rayo pecan de una cierta ingenuidad. Pero para un historiador de la cultura y de la ciencia son éstos testimonios preciosos de la nueva, arriesgada y comprometida actitud (y también de los pequeños nuevos logros) que desde las primeras décadas del siglo XVIII propiciaron el lento y complicado surgimiento de la ciencia moderna.

No nos entretendremos ahora en resumir las glosas y opiniones de Feijoo ni del nutrido elenco de fuentes que cita (Maffei, Manzaneda, Jusieu, Dechales, Gasonod, Mairan y otros “Filósofos” y “Físicos”) acerca del rayo en general. No figuran, desde luego, entre sus reflexiones más acertadas, ya que la física de su tiempo no ofrecía las herramientas de análisis adecuadas para propiciar el acierto. Nos centraremos en una cuestión más breve y concreta —y en la que Feijoo sí acertó—, la de las llamadas *pedras del rayo*, que había dado lugar a intensa discusión teórica en los siglos que le precedieron, y que cuenta, además, con un amplísimo currículum de mitos y supersticiones populares que en las páginas finales de este artículo revisaremos, con el fin de apreciar a qué tipo de arraigadísima creencia tuvo los arrestos de enfrentarse Feijoo, y a partir de qué clase de observaciones de tipo físico y etnológico intentó hacer su crítica.

Porque, en efecto, en las reflexiones de los eruditos de su época, tenía casi plena aceptación la opinión de que el rayo depositaba o creaba piedras de gran dureza en el interior de la tierra, y era además opinión muy común del pueblo de entonces, de antes y de después (todavía hay campesinos que lo creen, en partes muy diversas del mundo), que las pequeñas piedras pulidas (o de aspecto pulido) y puntiagudas que se encuentran a veces en la tierra (en ocasiones se trata de hachas de sílex prehistóricas) son piedras depositadas por el rayo (o bien bajadas del cielo, o bien condensadas en el momento del impacto) en el interior de la tierra.

Atendamos primero a las teorías eruditas que quiso rebatir, en primera instancia, Feijoo. Más adelante tocará el turno de revisión a un elenco muy amplio y pluricultural de las creencias “vulgares” que dieron base a la literatura seudonaturalista a la que el benedictino se enfrentó.

Démosle ya la palabra a Feijoo:

7. Los que están en la común aprensión de que en el Rayo baja una piedra puntiaguda, y cortada a muchas caras, a quien por esto llaman *Piedra del Rayo*, fácilmente concebirán, que el Rayo es pesado. Pero de esta común aprensión se ríen los mejores Filósofos. No hay más razón para atribuir un origen, digámoslo así misterioso a las piedras de esta determinada figura, que a las de figura oval, cilíndrica, prismática, cúbica, y esférica, que se encuentran en muchas partes. ¿Y quién no ve, que bajando el Rayo con tanto ímpetu, esa piedra se había de hacer pedazos, o por lo menos deformarse mucho al herir en cualquiera cuerpo? Considérese, que si una piedra de éstas se disparase del cañón de una escopeta, en cualquiera cuerpo duro, que diese, se destrozaría. Siendo, pues, mucho mayor la celeridad con que se concibe bajar el Rayo, si en él viniese la piedra, ¿no es quimera, que después de herir en un edificio, en un árbol, y aún en la tierra más esponjosa, quedase, no sólo entera, sino tan tersa, y tan bien formada su cúspide, sus caras, y sus esquinas?

8. Monsieur Jusieu, de la Academia Real de las Ciencias, dio en el pensamiento de que estas piedras se hicieron a mano, y con estudio, en aquellos antiquísimos siglos, en que los hombres de varias Naciones no conocían aún el uso del hierro, para, servirse de ellas, como instrumentos para diferentes operaciones mecánicas. Excítole este pensamiento, o le confirmó en él, el saber que los Salvajes de algunas Naciones Americanas, por la misma razón de carecer de hierro, labran piedras de la misma figura, o poco diferente, ya para cuñas, ya para las puntas de las flechas; y tiene su especie de comercio con ellas, vendiéndolas de unas Poblaciones, y Provincias a otras. No se puede razonablemente dudar, que hubo un tiempo que los habitadores de España, Italia, Francia, & c. fueron tan salvajes; esto es, ignoraron tanto las Artes mecánicas, como hoy las ignoran los Americanos de que hablamos. Entonces, faltándoles el conocimiento de la fábrica del hierro, no les ocurría otra materia, ni otro modo de preparar algunos instrumentos mecánicos, que conformar en dicha figura algunas piedras, con la prolija tarea de rozar, y labrar unas con otras. Sea, o no verdadera la concepción, es ingeniosa.

9. Finalmente, supóngase en el Rayo el peso que se quisiere, nunca puede en virtud de él bajar con la celeridad con que se dice baja, ni aún con la décima parte de ella. El P. Dechales con repetidos experimentos halló,

que una piedra, dejada caer de lo alto, consume tres minutos segundos en bajar ciento y veinte y tres pies. ¿Cómo se pretende, que el rayo en un minuto segundo (porque tanta celeridad poco más, o menos se le atribuye) descienda de la nube, distante seiscientos pies o más, a la Tierra?²

El “Jusieu” al que tomó Feijoo como punto de partida era Antoine de Jussieu, botánico y médico francés nacido en 1686 y muerto en 1758, que estuvo en España y en Portugal, en misión científica naturalista, en 1716, y que en 1723 presentó a la *Académie des Sciences* francesa el informe sobre la cuestión que cita el beneditino español. El que Feijoo tuviese los trabajos de Jussieu (y de otros naturalistas franceses) tan en cuenta, es prueba de la atenta mirada con que el beneditino español seguía el desarrollo del pensamiento europeo (sobre todo del francés, aunque en otros tratados cita también a alemanes e italianos) más rabiosamente contemporáneo. Y el que se desenvolviese tan a sus anchas en el método de Jussieu, tan empíricamente escorado hacia la observación experimental, hacia el razonamiento positivista y hacia lo que hoy llamaríamos interdisciplinariedad (pues combina la reflexión física con la etnológica), muestra también, con meridiana claridad, la orientación convencidamente científica que el fraile español había optado por hacer suya.

Conozcamos ya los párrafos iniciales del escrito de Jussieu, joya precursora de la etnología científica, del método de análisis comparatista y hasta del evolucionismo cultural, como con tan fino instinto supo entender Feijoo:

Es de sobra conocido en la República de las Letras el valor que los antiguos, y una tradición posterior que se ha conservado hasta nosotros, atribuyeron a la *pedra del rayo*.

La explicación del nombre *ceraunia*, con el que se la conoce, ya revela que la creían descender del cielo en el momento en que el rayo estallaba y caía sobre algún punto de la tierra.

Este pretendido origen implicaba que se la mirara con gran respeto al relacionarla con la majestad del dios que imaginaban haberla lanzado. Plinio, por su parte, la incluye en la relación de piedras preciosas.

De entre todos los pueblos, son los del norte los que más lo han creído debido a la superstición que le tenían a estas piedras, que no es otra que haber adorado un ídolo que creían gobernar el rayo y que representaban con éste en la mano bajo la figura de una de estas piedras talladas en cuña; en sus hogares conservaban alguna de estas piedras como preservativo contra el rayo que, así, creían alejar de sus casas, de manera que,

2 Fray Benito Jerónimo Feijoo, “Patria del rayo”, en *Teatro Crítico Universal* VIII:9, edición electrónica en la *Biblioteca Feijoniana* del Proyecto Filosofía en Español de la Fundación Gustavo Bueno (<http://www.filosofia.org/bjf/bjft809.htm#t80900>).

al primer trueno que oían, las golpeaban tres veces en aquellos lugares por donde el rayo podía penetrar.

Helwing, célebre pastor de Angerburgo, en Prusia, que ha escrito un tratado particular de las piedras de su país, dice que él mismo ha tenido que recurrir al brazo secular para acabar con esta superstición en el territorio a su cargo; superstición cada vez más enraizada debido a los continuos descubrimientos de esta clase de piedras, al no poder imaginar estos pueblos que en ellas no hubiera algo de misterioso.

Esta nación se asemeja en esto a los chinos. Referidos a estos últimos, Rumphius nos ha legado dibujos de este tipo de piedras en su *Recueil de coquilles*, y nos asegura que tienen ideas semejantes a partir de la observación de la forma, calidad y color de este tipo de piedras, y sobre los lugares en los que se encuentran, que habitualmente son troncos de árboles que se creen golpeados por el rayo.

Por ajenos que seamos a tales ideas, no hemos dejado de creer hasta ahora que la *ceraunia* es una piedra natural en la que destaca su forma en cuña o en punta de flecha, de la misma manera que la forma oval, la cilíndrica, la prismática y la orbicular caracterizan los guijarros de Meudoc, de la esmeralda, de algunos cristales y de las echinitas.

Mercati, con toda su perspicacia en su *Histoire des fossiles*, no ha podido asumir que estas piedras hayan sido talladas de esta forma, renunciando al sentimiento de aquellos que admiten la posibilidad natural bajo el nombre de “capricho de la naturaleza”.

Pero hoy, atendiendo a dos o tres tipos de piedras que nos llegan, las unas de las islas de América y las otras de Canadá, es posible acabar con este prejuicio, desde el punto y hora que nos damos cuenta sin dudar que los salvajes de estos países utilizan distintos tipos de piedra semejantes que son tallados con una paciencia infinita por frotamiento contra otras piedras, sin ningún instrumento de hierro o acero³.

Asombra la lucidez con que abraza Jussieu un método de análisis científico que se oponía a tantos prejuicios y rutinas del pensamiento común (del erudito y del vulgar). Porque las opiniones y hasta las polémicas acerca de los orígenes y la naturaleza del rayo y de las piedras del rayo contaban por entonces con una más que curiosa y enrevesada historia, y con una abultada cantidad de comentaristas que se habían acercado a la cuestión de forma por lo general (con muy pocas excepciones) irracional, confusa, insegura, zigzagueante:

3 Véase la traducción y el comentario del informe de Jussieu en Arsenio Dacosta, “*Del origen y de los usos de la piedra del rayo*. Edición y notas del texto de Antoine de Jussieu (1723)”, en *Revista de Folklore* 309 (2006), pp. 105-108. En este mismo artículo se encontrarán datos llenos de interés acerca de las piedras del rayo y de las creencias vulgares e interpretaciones críticas que ha habido acerca de ellas.

Lucrecio, en un conocido poema, alude a las herramientas de los hombres prehistóricos: “*Las manos fueron las primeras armas, / y las uñas y dientes; y las piedras..*”. Unas decenas de años después, Yuang Kang hacía precisiones similares acerca de los antiguos pobladores de su país. Paradójicamente, fue uno de los precedentes más sólidos de la ciencia moderna, Plinio, el que provocará el abandono de esta línea interpretativa para cimentar la sólida creencia —basada en la mitología griega— de que este tipo de útiles eran en realidad, *ceraunia*, es decir, *pedras del rayo*. En realidad, Plinio recogía dos noticias complementarias. De un lado, consideraba las *ceraunia* como una curiosidad mineral producida por el rayo al chocar con el suelo. De otro, recogía un dato etnográfico de enorme interés: en sus días, las *pedras del rayo* se utilizaban como amuletos.

La costumbre unida a la autoridad de Plinio, dejó por intocable la creencia. Buena prueba de ello son los expresivos versos que Merboldus, obispo de Rennes hacia el 1100, incluye en su *Liber Lapidum*, y más específicamente en su *De Ceraunio*: “*cuando el trueno estalla horriblemente / y el rayo de fuego disuelve las nubes, / es entonces cuando esta piedra cae de lo alto del cielo*”.

La revisión crítica de los clásicos en el siglo XVI permite a varios autores dudar de esta creencia. Así lo sugieren las obras de Hieronimus Cardanus (*de Rerum varietate*) y Georgius Agricola (*de Natura fossilium*), ambas editadas en 1567. No obstante, el mérito se atribuye a Michele Mercati, como bien reconoce Jussieu. Mercati había sido comisionado por el papa para crear la *Metallotheca* del Vaticano hacia 1585. Al clasificar las *ceraunia*, distinguió entre varias formas (en cuña y en flecha) y, más importante aún, recogió la noticia de que los indígenas americanos utilizaban útiles de piedra. No es en absoluto casual que la obra de Mercati fuera editada precisamente en tiempos de Antoine de Jussieu, y a mi juicio, aunque sólo cita a este autor, es muy posible que también conociera la obra de Merboldus. Mercati, lo mismo que algunos otros autores después de él, mantendrán una cierta cautela en sus conclusiones, dado lo problemático de la materia de los orígenes del hombre.

Antoine Jussieu cita también la obra de un pastor protestante, Helwing, quien en 1717 recoge la creencia en los poderes mágicos de las *pedras del rayo*, aunque no las atribuye a la mano humana. Como bien destaca Jussieu, la superstición estaba muy arraigada entonces.

En resumen, entre 1710 y 1720 se editan o reeditan distintos trabajos referidos a la cuestión que, sin duda, consultó Jussieu y picaron su curiosidad. No obstante, también pudo influir en ello el descubrimiento, hacia 1685, de una sepultura megalítica en Normandía que incluía “*pedras talladas a la manera del hierro en forma de hacha, así como el fragmen-*

to de un cuerno de ciervo que había sido empleado para enmangar una de esas hachas”. A pesar de la cronología del descubrimiento, no parece casual que sus resultados se publicaran, precisamente, en 1722⁴.

Un rápido y nada exhaustivo espiguelo a través de fuentes y de autores no mencionados en el panorama anterior nos lleva, en primer lugar, a un anónimo *Lapidario. Título de las declaraciones de las naturalezas de las piedras*, de hacia 1420, y a un tipo de explicación irracionalmente mágica, típicamente medieval, de la naturaleza del

Çeraunio, que en otra manera so dize Rayo (XXVIII).

Como el ayre turbado corre con la rabia e turbacion delos uientos, como trueno e como el ayre de fuego relampaguea, rompen se las nuues, e cae aquella piedra pequeña del çielo, el nombre dela qual es açerca de los Griegos dicho fulmen o rayo. E fallase aquesta piedra en aquellos lugares, donde es çierto ser feridos de fulmen o rayo, el qual en griego es llamado çeraunio; ca, lo que nos dezimos rayo, dizen los Griegos çeraunio. El que castamente aquesta traxiere, no sera ferido de rayo, ni la casa, ni la uilla, adonde aquesta piedra estouiere, ni por el toruellino peligroso. E lançado por el mar o por el rio, no sera sumido el nauio, ni sera ferido de rayo. Aprouecha assimismo para uençer las causas o batallas, e administra dulçes sueños e alegres. A este son dada dos speçies e otros tantos colores. E cuentase Germania enbiar uno semejable al cristal mas resplandesçiente con color amarillo, e el Yspano, morante en la region Lusitana, enbia otro detramante llamas e semeiable en color al piropo⁵.

Es bien significativo que esta confusísima aglomeración de fabulaciones mágicas y místicas quedase algo diluida en el capítulo XXXII de la traducción que Fray Vicente de Burgos hizo de *El Libro de Proprietatibus Rerum de Bartolomé Anglicus*, que vio la luz en 1494, a las puertas ya del Renacimiento, y que silencia unas cuantas —no todas— de las referencias más disparatadamente pintorescas que la fantasía medieval había atribuido al ceraunio:

Otra piedra desta espeçie es de España que resplandeçe como llama; Estas caen de los lugares de los tronidos. E dizese que ha virtud contra los tronidos, segun dize Isidoro. Y en el Lapidario se dize que quando atruena no resplandeçe esta piedra. El que trae esta piedra castamente

4 Comentarios extractados de Dacosta, “Del origen y de los usos de la piedra del rayo”.

5 *Lapidario. Título de las declaraciones de las naturalezas de las piedras* (Heilbron: Verlag Von Gebr. Henninger, 1880), pp. 27-28, *apud* CORDE (Corpus diacrónico del español, <http://www.rae.es>).

no podra ser herido de rayo ni la casa o villa do sera & vale mucho aver vitoria & para atraer el sueño dulce, segund se dize en el mesmo lugar⁶.

En la *Summa de philosophia natural* (1547) de Alonso de Fuentes, se advierte (en lo discursivo al menos) un cambio de argumentación y un afán evidente de construir una teoría mucho más racional(ista), aunque tampoco logre evadirse del círculo vicioso de lo puramente especulativo:

Y el trueno también es d'esto que las partes del ayre que una corre contra otra reziamente como dixen y que la corrucación es una parte del ayre que se haze fuego y éste resplandescen, y éste en esto, que los más de los autores graves a que voy siguiendo afirman que aqueste rayo no es de substancia de piedra, como algunos afirmaron, porque si de piedra fuesse el rayo no correría acá y allá como corre ni se bolvería arriba. También quando hiere alguno o perescería la carne o quebraría los huessos y vemos que a menudo hiere las cosas más altas y es porque, quando descien de arriba en través él halla más presto las cosas altas. Pero la opinión que dixen de algunos que porfiaron que era substancia de piedra, os quiero, señor, dezir porque también la sepáys; dezían así: que, quando el húmedo vapor sube arriba, suben con éste algunas cosas que son casi substancia de Tierra y con el calor del Sol aquesto se torna piedra y está en la concavidad de la nuve hasta el tiempo que aquella nuve se parte por algún caso y, entonces, que descien aquella piedra y hiere en las cosas alta⁷.

Décadas después, en la *Summa astrológica y arte para enseñar a hazer pronósticos de los tiempos* (1632) de Antonio de Nájera, el discurso era aún más retóricamente elaborado, y tenía muchos más pruritos de argumentación científica, aunque sus conclusiones siguiesen siendo arbitrariamente fantasiosas:

Algunas vezes juntamente con los rayos caen vnas piedras, que llaman de corisco; las quales se hazen desta manera; quando se leuantan de la tierra los vapores frios, y humidos de que se haze la nuue, y las exalaciones calidas, y secas de que se haze el rayo, juntamente con ellos, por causa de algunos vientos, se leuanta de la tierra poluoreda, mesclandose con los vapores, y exalaciones, y vniendose las partes terreas en medio de la nuue endureciendose por virtud del calor del rayo se conuerten en piedra que juntamente cayo con el rayo, y con la misma violencia. Esta

6 Fray Vicente de Burgos, *Libro de Proprietatibus Rerum de Bartolomé Anglicus*, ed. María Teresa Herrera y M.^a Nieves Sánchez, cap. 32, *apud* CORDE (Corpus diacrónico del español, <http://www.rae.es>).

7 Alonso de Fuentes, *Summa de philosophia natural* (Sevilla: Juan de León, 1547), ff. 104v-105r; ed. de G. Herráez Cubino, *apud* CORDE (Corpus diacrónico del español, <http://www.rae.es>).

Maça terrestre conuertida en piedra es mayor, o menor conforme la materia, y cantidad de tierra que se leuanto, a esto llaman piedra de corisco, y se hallan de muchas colores conforme la tierra donde se leuanto⁸.

Todavía Diego de Torres Villarroel, en su *Anatomía de todo lo visible e invisible*, que fue redactada a partir de 1738, muy poco después de que diese a conocer Feijoo sus teorías, seguía uncido al carro de las viejas e imaginativas teorías acerca del rayo y de sus piedras:

El motivo de culebrear el rayo, y no subir como fuego á buscar su centro es porque la violencia del viento impele al rayo á aquella parte donde va la linea de sus soplos; y el motivo de baxar á la tierra es por lo pesado, y depurado de su materia, pues se suele componer de muchas sales, y sucos de minerales, y por esta llaman á esta materia fulminante, como sucede en el rayo artificial; pues de aceyte, sal armoniaco, sal tártaro, y otros ingredientes, se imita su actividad: y así, la nube á quien se le arri-man dichos ingredientes, es preciso que arroje, y despida formidables rayos, y espantosos truenos. Lo mismo que hemos notado de la actividad, creacion y materia del rayo, han de entender Vmds. de la centella: advirti-endo que el rayo es solo el fuego puro, y en la circunferencia de la cen-tella, que es tambien un fuego purísimo, se encierra una piedra llamada Tellum, la que no tiene el rayo, pues este está compuesto todo de materia combustible. El origen y causa de esta piedra es haberse congelado en la region fria del ayre las materias mas terreas y nitrosas de la nube, y ence-rrada esta en la nube se le agregaron las otras partes espirituosas del rayo, estas se encienden, y baxan á la tierra rectas por la gravedad del Tellum ó piedra, que como cuerpo pesado apetece, y conspira á su centro⁹.

Llama la atención, en cualquier caso, que desde finales del XVI hubiese ya alguna opinión escéptica, y que, además, surgiese de algún autor que escribía en las Indias (concretamente en el México novohispano), lo que enlaza de algún modo con los argumentos (basados en observaciones etnológicas de los pueblos amerindios) que utilizó Jussieu, y después Feijoo, para ir a la contra de las teorías más arbitra-rias y más tradicionalmente extendidas acerca de las piedras del rayo. En efecto, Juan de Cárdenas, en la *Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias*, de 1591, manifestó tener al respecto

⁸ Antonio de Nájera, *Summa astrológica y arte para enseñar a hazer pronósticos de los tiempos*, pp. 221-222, *apud* CORDE (Corpus diacrónico del español, <http://www.rae.es>).

⁹ Diego de Torres Villarroel, *Anatomía de todo lo visible e invisible* (Madrid: Imprenta de la viuda de Ibarra, 1794), pp. 163-164.

no pequeñas dudas, una de las cuales es saber si es verdad lo que comúnmente se dize en el vulgo, que el rayo es una guija o piedra duríssima que dentro de aquella nube se engendra, la qual, cayendo en la tierra, haze grandíssimo daño, destrozando todo lo que delante de sí halla y al cabo se viene a esconder en la tierra.

Lo tercero que se infiere es que, assí como avemos dicho ser lo essencial del rayo, o ser el mismo rayo, no otra cosa sino aquel fuego que se formó de la exhalación encerrada en la nube, assí tengo y juzgo por negocio muy accidental esto de que dentro de aquella nube se fraguase aquella duríssima piedra o guija y que ésta sea el rayo. No niego yo sino que pudo de la parte más gruesa y terrestre de la exhalación, con la fuerça de aquel gran calor, fraguarse piedra, pero digo que esto raras vezes o ninguna succede; porque bien sabemos que quando algo se quema en el fuego, lo que queda no se haze piedra sino ceniza, ultra de que no es posible aya tanto espacio en el ayre para estarse tan de propósito fraguando la dicha piedra. Ansí que esto d'estas guijas llamadas rayos, yo para mí téngolas por mera ymaginación¹⁰.

Como podemos apreciar, Jussieu y Feijoo, al defender (con absoluta razón y propiedad) que las llamadas *pedras del rayo* no tenían nada que ver con el rayo, sino que eran, por lo general, hachas pulimentadas en tiempos prehistóricos, dieron un giro importante (aunque no del todo radical, pues algún autor anterior había preparado el camino) al rumbo que había seguido toda la enrevesada teorización previa sobre la cuestión. Es cierto que, al leer otros párrafos de sus respectivos tratados sobre el rayo, se aprecia que en algún punto no lograron apartarse del todo de la pseudociencia heredada. Pero en lo que se refiere a las piedras del rayo, los dos fueron claros, explícitos y certeros: su origen no era celestial sino terrestre, ni natural sino humano.

Muchos más autores y tratados, de su época y de las anteriores, podríamos seguir trayendo a colación para medir mejor a qué complejo edificio teórico y seudoerudito se enfrentaron. Pero las puertas que ellos mismos abrieron al horizonte etnológico me hace preferir un análisis más centrado, a partir de ahora, en las tradiciones populares que corrían (y que en algunos lugares aún corren) en torno a las piedras del rayo. Porque es cierto que Jussieu y Feijoo se sabían refutadores de los argumentos escolares y seudocientíficos de muchos pensadores precedentes e incluso contemporáneos, pero también lo es que sobre toda aquella discusión planeaba, sin duda, la selva profusa de creencias populares —a la que también se refirieron— que desde hacía milenios relacionaba tales piedras duras y pulimentadas con el rayo. De hecho, puede decirse que todas las teorías de los seudocientíficos

10 Juan de Cárdenas, *Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las Indias* (Salamanca: CILUS, 2000), ff. 53n-54r y 55rv, *apud* CORDE (Corpus diacrónico del español, <http://www.rae.es>).

que defendían el vínculo entre el rayo y la piedra descansaban, en última instancia, sobre el arraigadísimo prejuicio vulgar. Y a conocerlo y deslindarlo mejor vamos a dedicar las próximas páginas.

Las creencias en torno a *pedras del rayo* supuestamente caídas del cielo, o formadas al entrar en contacto el rayo con la tierra, y dotadas, además, de apreciadas propiedades místicas, mágicas y medicinales, tiene una difusión que se extiende prácticamente por todo el mundo. Su documentación es, además, extraordinariamente antigua. Suetonio, en el *Libro VII*, dedicado al emperador Galba, de sus *Vidas de los Doce Césares*, recordaba cómo, cuando Galba era simple gobernador de la Hispania Tarraconense, un presagio relacionado con la aparición de doce *pedras de rayo* le animó a rebelarse contra Nerón:

Mientras se hallaba residiendo en la ciudad de Fundos, se le ofreció el gobierno de la Hispania Tarraconense. A su entrada en esta provincia, mientras ofrecía un sacrificio en un templo público, sucedió que el cabello del joven esclavo que sostenía el cofre del incienso se volvió de repente completamente blanco, y no faltaron quienes interpretaran este prodigio como un presagio de un cambio de régimen y de que un anciano sucedería a un joven, es decir, Galba a Nerón. Poco después cayó un rayo en un lago de Cantabria y fueron descubiertas doce segures, señal inequívoca del poder absoluto¹¹.

Sobre el arraigo universal, y seguramente prehistórico, de las creencias en estas piedras que se cree que bajan a la tierra con el rayo y que tienen extraordinarias propiedades mágicas y a veces médicas ha escrito lo siguiente Mircea Eliade en su *Tratado de historia de las religiones*:

En numerosas regiones las piedras meteóricas son consideradas como emblemas o símbolos de la fertilidad. Los buriates [pueblo de Siberia] están persuadidos de que ciertas piedras “caídas del cielo” son favorables a la

11 Suetonio, *Vidas de los Doce Césares (Libros IV-VIII)*, trad. R. M.^a Agudo Cubas (Madrid: Gredos, reed. 2001) Libro VII:8,2. Véase lo que, sobre este pasaje de Suetonio, ha comentado G. Adriano García Lomas, en *Mitología y costumbres de la Cantabria montañesa* (2.^a ed. ampliada, Santander: [edición del autor], 1987), pp. 280-281: “Dice Cayo Suetonio en sus históricas biografías *De vita XII Caesarum*, que Nerón había determinado asesinar a Vindex y a Galba. Por otra parte a Galba le había hablado un sacerdote de Júpiter en Clunia de que existía allí una tradición según la cual una sacerdotisa había predicho hacía dos siglos que de España saldría un príncipe capaz de dominar al mundo. Además, a poco de haber llegado Galba a España ocurrió en Cantabria un hecho extraño que había sido considerado como presagio. Referíase a un rayo que cayó en un lago de Cantabria y allí aparecieron después doce segures [hachas], lo que se interpretaba como una señal del poder imperial, ya que doce eran los segures que llevaban los lictores ante los cónsules. Esta anécdota y su interpretación como presagio, la consigna Suetonio en su obra, y Schulten (p. 35) deduce que *este dato importante enseña que en Cantabria existía el culto a los lagos y la costumbre de echar en ellos hachas*”.

lluvia: por eso en tiempo de sequía se les ofrecen sacrificios. En muchas otras aldeas se encuentran piedras análogas, de dimensiones reducidas; se les llevan ofrendas en la primavera, para asegurar una buena cosecha... Resulta de ello que si la piedra está provista de un valor religioso, es a causa de su origen: se supone que proviene de una zona sagrada y fértil por excelencia. Cae del cielo al mismo tiempo que el rayo que trae la lluvia. Todas las creencias relativas a la fertilidad de las “piedras de lluvia” tienen por fundamento su origen meteórico o las analogías que se siente que existen entre ellas y ciertas fuerzas, formas, seres que mandan la lluvia. En Kota Gadang (Sumatra), por ejemplo, se encuentra una piedra que presenta una vaga similitud con un gato. Relacionando este hecho con el papel que desempeña un gato negro en ciertos ritos destinados a obtener la lluvia, puede suponerse que esa piedra posee capacidades similares... El análisis minucioso de las innumerables “piedras de lluvia” hace resaltar siempre la existencia de una “teoría” que explica la capacidad que tienen de gobernar las nubes; se trata ya sea de su forma, que tiene cierta “simpatía” con las nubes o con el rayo, ya sea de su origen celeste (se supone que cayeron del cielo), ya sea de su pertenencia a los “antepasados”; o bien fueron encontradas en el agua, o su forma recuerda la de las serpientes, las ranas, los peces, o cualquier otro emblema acuático. La eficacia de esas piedras no reside nunca en ellas mismas; participan en un principio o encarnan un símbolo, expresan una “simpatía” cósmica o tal vez un origen celeste. Esas piedras son los *signos* de una realidad espiritual otra o los instrumentos de una fuerza sagrada de la que no son sino el receptáculo¹².

El mismo Eliade, en su libro clásico sobre *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*, amplió los datos sobre los usos mágico-medicinales que diversos pueblos siberianos hacen de estas piedras asociadas al rayo:

Entre los buriatos, “los dioses escogen al futuro chamán hiriéndole con el rayo o indicándole su voluntad por medio de piedras caídas del cielo: alguien bebe casualmente un poco de *tarasun*, encuentra allí una de esas piedras, por lo que se transforma en chamán...”. Es importante el papel del rayo en la designación del futuro chamán; nos indica el origen celeste de los poderes chamánicos. No se trata de un caso aislado, también entre los Soyotes se convierte en chamán el individuo a quien toca el rayo, y el rayo está a veces estampado en el indumento chamánico¹³.

¹² Mircea Eliade, *Tratado de Historia de las religiones*, trad. T. Segovia (reed. México D.F.: Era, 1991), pp. 210-211.

¹³ Mircea Eliade, *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*, trad. E. de Champourcin (México: Fondo de Cultura Económica, reed. 1996), p. 34.

Muchas más informaciones y documentos podríamos traer a colación sobre estas *piedras del rayo* y sobre las curiosas creencias mágicas y místicas que, al menos en cuatro continentes —Europa, América, Asia, África—, se les asocian. Pero es preciso, a estas alturas, seleccionar mucho. Conozcamos el precioso relato cubano que fue relatado por Esteban Montejo, el centenario narrador cuya voz llena *Cimarrón*, una de las obras maestras de la literatura cubana e hispánica del siglo XX. De la portentosa memoria del antiguo esclavo fue posible rescatar algunas informaciones sobre el uso mágico —en el marco de ciertos ritos de hechicería practicado por negros *congos*— que en Cuba se ha asociado tradicionalmente a las piedras que se creía que bajaban a la tierra con los rayos:

Para preparar una prenda que camine bien, hay que coger piedras, palos y huesos. Eso es lo principal. Los congos, cuando caía un rayo, se fijaban bien en el lugar; pasados siete años, iban, excavaban un poquito y sacaban una piedra lisa para la cazuela¹⁴.

Después de hecho el juramento y desenterrada la prenda, se llevaba para la casa, se colocaba en un rincón y se le agregaban los otros ingredientes para alimentarla. Se le daba pimienta de Guinea, ajo y *aji guaguo*, la cabeza de un muerto y una canilla tapada con un paño negro. Ese preparado del paño se ponía arriba de la cazuela y... ¡cuidado el que mirara para ahí! La cazuela, así como llegaba a la casa no servía, pero cuando se le ponían todos los agregados, era de espantar al demonio. No había trabajo que no se pudiera hacer. También es verdad que la cazuela tenía su piedra de rayo y su piedra de aura, que eran nada menos que judías¹⁵.

Resulta cuando menos curioso que creencias parecidas hayan sido documentadas al otro lado del Atlántico, concretamente entre los fang de las actuales repúblicas de Guinea Ecuatorial, Camerún y Gabón, según atestiguó el etnólogo alemán Günther Tessmann en un libro originalmente publicado en 1913:

El rayo que cae se imagina como una bola negra, que derriba los árboles y los hace astillas. Los nativos atribuyen propiedades curativas a los “excrementos del rayo”..., que son los trozos de resina fundidos y que forman una masa, así como a la corteza de los árboles tocados por un rayo¹⁶.

14 Miguel Barnet, *Cimarrón* (Madrid: Siruela, 2002), p. 128.

15 Barnet, *Cimarrón*, p. 132. La palabra *judía* en este contexto significa “negativa”, “destruictiva” (en un contexto relacionado con la magia negra y con la hechicería).

16 Günther Tessmann, *Los Pamues o Fang*, trad. E. Reuss, ed. J. M. Pedrosa (Alcalá de Henares: Agencia Española de Cooperación Internacional-Universidad de Alcalá-Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial, 2003) cap. XIV, p. 520.

En los pueblos y campos venezolanos, las creencias y prácticas relacionadas con las piedras del rayo gozan de gran arraigo y presentan tipologías muy variables:

A continuación presentamos una lista de las creencias más comunes que han tenido, sobre las mismas, los pueblos antiguos del viejo continente; algunas sobreviven en el medio rural contemporáneo:

- Que caían del cielo enteramente formadas.
- Que tenían un carácter sagrado.
- Figuraban en ciertos ritos misteriosos.
- Se utilizaban como talismanes.
- Servían como amuletos para librarse del rayo.
- Preservaban de naufragios.
- Servían para ganar pleitos.
- Se utilizaban como remedios supersticiosos.
- Como insignias de dignidad y adorno.
- Servían de talismán “restaña sangre”.
- Evitaban y curaban el mal “piedra”, etc. etc.

A base de una letra mayúscula clasificaremos los diversos mitos y supersticiones que hemos colectado en Venezuela y que tratan sobre el *origen* de las llamadas *piedras de rayo* o *de centella*:

Tipo A.

Que es una piedra caída del cielo, por medio del rayo o de la centella.

Tipo B.

Que es una piedra caída del cielo por medio de la centella. (Algunos creen que el rayo no lleva *piedra*, solamente la *centella* la tiene).

Tipo C.

Que es una piedra caída del cielo, por medio de la centella o del rayo y que al caer se entierra muy hondo. Sale a la superficie a los siete años y después de su caída. Su afloración es lenta y gradual.

Tipo D.

Que no es una piedra caída del cielo. Su origen se debe a la petrificación que origina la chispa del rayo o centella al caer. Se entierra muy hondo y sale a los siete años.

A base de una letra minúscula, clasificamos los mitos sobre las *propiedades* que se les atribuyen a las piedras de rayo.

Tipo a.

Talismán “restaña sangre”. Es decir, que no deja manar sangre de las heridas.

Tipo b.

Talismán contra las heridas de arma blanca o de fuego. General-

mente las llevan dentro de un escapulario o colgadas simplemente del cuello; así nada ni nadie podrá herirlos durante sus reyertas).

Tipo c.

Talismán contra incendio. Las colocan entre la paja del rancho y así dicen que evita que aquella se incendie.

Tipo d.

Talismán que trae buena suerte.

Existen varias personas que creen que hay entre estos litos verdaderas piedras caídas del cielo y también piedras elaboradas por los indios aborígenes. Entonces se presenta el conflicto respecto a la discriminación sobre cuáles son las auténticas y las que no lo son; por la morfología, dicen, no puedo identificarlas, pues son iguales en aspecto. Pero tienen un sistema para hallar cuáles son las caídas del cielo; consiste en atar a las piedras un hilo de algodón en forma de cruz, lanzándolas luego al fuego. Si no se quema el hilo, es que se trata de auténticas y virtuosas piedras de rayo; aquellas en que sí se quema serán arqueológicas, o sea, las elaboradas por los indios.

El hecho de que el hilo se queme algunas veces y otras no, se explica porque si está fuertemente ligado a la piedra, presenta por su tensión una menor superficie al fuego, superficie más lisa que la de un hilo flojo; esta circunstancia lo hace más resistente al fuego¹⁷.

Por cierto, que, si volvemos a tierras americanas, encontraremos algunas mitologías en que el rayo y su piedra han desempeñado cierto papel fundacional. Así ha visto el gran prosista uruguayo Eduardo Galeano alguno de estos relatos:

Historia de la casa del maíz

Andacio había quedado huérfano y sin casa. Peregrinando en busca de un lugar en la tierra, llegó a las orillas del golfo de México.

El rayo se irguió sobre sus posesiones. Apoyado en larga cola incandescente, fulminó al intruso:

—¡Aquí no! —bramó, desde lo alto de su prestigio criminal. Y tronaron las furias del cielo.

Andacio señaló el horizonte. Hablando bajito, como pidiendo disculpas, alzó una piedra y desafió: ganará la pedrada que atravesase la mar entera.

El rayo no contestó, pero eligió su piedra, tomó impulso y la arrojó. La piedra del rayo trazó una curva asombrosa en el cielo, y tras rozar al sol se hundió en el agua, poco antes del horizonte.

¹⁷ J. M. Cruixent, "Supersticiones venezolanas. Piedras de rayo o de centella", *Archivos Venezolanos de Folklore* 8 (1967), pp. 301-308, pp. 304-308.

Andancio convocó secretamente a la paloma y al pájaro carpintero. Entonces su cuerpo se hizo arco y disparó a la paloma, como si fuera piedra, y la paloma zumbó en el aire y se perdió de vista. Poco después, el pájaro carpintero golpeó con su pico un árbol muerto, y ese golpe seco mintió que la piedra había caído en la otra orilla del mar.

El rayo humilló su cabeza. Y fue obligado a irse allá donde su piedra había caído. Andancio mandó que el rayo anunciara la entrada del tiempo del agua en la tierra, y que enviando lluvia bañara su cuerpo y le diera crecimiento.

Y así Andancio tuvo tierra y lluvia, y tuvo también alto cuerpo y hojas y espiga y granos y pelo. Y fue maíz¹⁸.

Las creencias mágico-supersticiosas y las prácticas etnomedicinales relacionadas con las *pedras del rayo* han seguido, hasta el mismo siglo XX, muy vivas en la tradición campesina española. El arqueólogo y etnólogo César Morán Bardón recogió, en la primera mitad de ese siglo, amplios informes al respecto:

Las hachas de piedra pulimentada, creen que caen de la atmósfera con las centellas; se hunden siete estadios bajo tierra, y cada año suben otro estadio; de modo que a los siete años se hallan otra vez en la superficie. El que encuentra una puede considerarse dichoso y afortunado, primero porque la piedra es ya en sí algo preternatural y milagroso; se le ata un hilo, se la echa en la lumbre y no se quema —dicen— el hilo. Sirve de remedio a tantos males, que muy bien se la puede tener como panacea universal. Donde hay una, por no sé qué misteriosa repulsión, no caen rayos. Puesta en una ventana y al lado de una vela encendida, hace que la nube peligrosa, cargada de granizo que va a arrasar los sembrados, se trueque en inofensiva y benéfica lluvia. Tiene virtud profiláctica contra las enfermedades de las personas y del ganado. En toda casa bien gobernada tiene que haber una piedra de rayo. Los pastores la llevan en el zurrón; las mujeres, en la faltriquera. Su más frecuente uso es para frotar la ubre de las vacas cuando se les endurece y enferma¹⁹.

Las piedras son objeto de culto muy antiguo, persistente y extendido... El culto al hacha es antiquísimo; debió de comenzar al cesar de utilizarse como instrumento de trabajo. Del mismo modo que la hija conserva, a lo mejor, como una reliquia la cuchara con que comía su difunta madre, así la humanidad conservó las hachas de piedra reemplazadas por el me-

18 Eduardo Galeano, con grabados de J. Borges, *Las palabras andantes* (Madrid: Siglo XXI, reed. 2001), p. 78.

19 César Morán Bardón, *Obra etnográfica y otros escritos*, 2 vols., ed. M.^a J. Frades Morera (reed. Salamanca: Diputación, 1990) II, p. 278.

tal, diciendo: “Con esto trabajaban nuestros antepasados”. Andando el tiempo se perdió la noticia de que habían servido para el trabajo, y al encontrarlas, puesto que no se pudren ni se descomponen, no sabían cómo explicarse aquella forma, aquel pulimento, aquel corte. Surgió la fábula de que caían con el rayo, creencia que se extendió por todo el mundo aun en los tiempos prehistóricos, y eso dio lugar a que se las llame piedras de rayo y a que se les atribuyan virtudes maravillosas.

El Laberinto de Creta parece que fue un templo consagrado al culto del hacha. En los dólmenes de Salamanca, que datan de 4.500 a 5.000 años, he hallado más de un hachita de piedra con agujero, unas veces junto al corte, otras veces al extremo opuesto, para llevarlas como escudos contra enemigos invisibles. Se usaron también imágenes del hacha, piedras en forma de hacha, pero sin corte y de materia que no es apta para el trabajo. En la proclamación de Galba para el trono imperial se consideró como señal de buen agüero haber hallado unas ceraunias o piedras de rayo en un lago de Cantabria. San Isidoro de Sevilla habla de ellas y dice que “se cree que tienen virtud contra las exhalaciones” [San Isidoro, *Etimologías* 16, cap. XIII:5], aunque él no lo creyese. Los Concilios de Toledo prohíben adorar a las piedras. Lo restante de la Edad Media continuó siendo litólatra a pesar de todas las prohibiciones eclesiásticas. En la actualidad he podido comprobar el arraigo y la extensión del culto del hacha, principalmente en los campos salmantinos, por haberme dedicado a estudiar con algún detalle la Prehistoria de este país. Todas las personas mayores conocen, por lo menos de nombre, las piedras de rayo; muchos las conservan con fines supersticiosos; otros que no las tienen, las piden prestadas cuando llega el caso de servirse de ellas. Con tal apego las poseen como un bien trascendental de la familia, que yo he llegado a sospechar si datan ya, como herencia transmitida de padres a hijos, desde los tiempos en que se usaron como instrumentos corrientes. Hay quien no se desprende de la piedra por todo el oro del mundo; otros no la llevan con tanto rigor; pero ha habido graves disgustos por desprenderse de la joya un miembro de la familia sin contar con los demás. Creen con fe ciega que caen con el rayo, que penetran siete estadios bajo tierra y que a los siete años vuelven ellas solas a la superficie. Las emplean para diferentes remedios; pero lo más general es para preservarse de los rayos, por creer que donde hay una de esas piedras ya no caen otras por no sé qué misteriosa expulsión, cuando parece que debiera ser lo contrario, que donde hay un rayo vayan otros por simpatía. Descubren la virtud de la piedra atándole un hilo alrededor y echándola al fuego. Dicen que no se quema el hilo y, por tanto, que es cosa sobrenatural, piedra que comunica su virtud a cuanto la rodea. No se quema, y es natural, si la ponen enci-

ma de la ceniza donde no la toque el fuego; aun con fuego directo tarda en quemarse por la frialdad natural de la piedra, pero por fin se quema. No es virtud muy acrisolada. Hay quien la lleva siempre en el bolsillo con el fin de percibir en todo tiempo la mágica virtud que de la piedra se desprende. Otros le han hecho un agujero y la llevan al cuello como una reliquia. Alguien, al oír que la nube se aproxima, coge su piedra de rayo, la pone en un sitio visible de la casa y al lado una vela encendida, para que la nube comprenda que allí no debe realizarse ninguna fechoría. Para el vulgo, los elementos inertes están dotados de cierta sensibilidad y de buenas o malas intenciones. Estas últimas hay que contrarrestarlas con las primeras. Trataba yo con un aldeano de adquirir una de esas famosas piedras y le pregunté cuánto quería por ella. “¡Ca, hombre, me contestó, aunque me diera usted una onza! Ésta fue ya de mi abuelo; vio caer una centella que mató una yegua, volvió allá a los siete años y allí estaba la piedra. Al hacerse las partijas después de su muerte, a un lado se puso una vaca tasada en una onza; al otro lado se puso la piedra. La vaca tocó a mi tío; la piedra, a mi padre, y tan contento”. Y le dije: “Pues supongo que más leche habrá dado la vaca que la piedra”. Y un peón caminero se negaba también a venderme un hacha que tenía, y me daba la razón desde la puerta de su casa diciendo: “¿Ve usted ese árbol seco? Pues ahí mismo cayó un rayo, y no cayó en mi casa gracias a la piedra”. “Y en estos otros árboles, pregunté yo a mi vez, ¿no ha caído nada?”. “No, señor”. “Entonces, claro, se comprende; cada uno de éstos tendrá su piedra, y ese desgraciado, por no tenerla, la pagó por todos”. Hay que advertir que los hombres no se incomodaban demasiado. En las montañas de León no sólo tiene virtud contra el rayo, sino también contra ciertas enfermedades de animales y aun de personas. Cuando a una vaca se le endurece la ubre por cualquier causa, se la frotan con una piedra de rayo. Se comprende que sea bueno el masaje, pero que haya de darse precisamente con este instrumento es lo que no se comprende.

No se vaya a creer que los pueblos citados son los únicos supersticiosos en España, ni España alguna excepción en el concierto de las naciones. En todas existe la superstición de las piedras de rayo, que en algunas constituye la panacea universal. El número 13, la herradura que se encuentra por causalidad, la higa, etc. son objetos de supersticiones en todos los países.

En esto de las piedras de rayo, llamadas también chispas, centellas (estoy viendo que alguien se ríe), la Ciencia no está de acuerdo con la tradición supersticiosa. Aquélla dice que tales instrumentos no son más que hachas o utensilios con los que trabajaban los hombres antes de utilizar los metales. Esa época se llama Edad de Piedra Pulimentada o Neolítica,

para distinguirla de otra época anterior llamada Edad de Piedra Tallada o Paleolítica. No se sabe cuándo empieza a usarse la piedra pulimentada, porque se remonta a una antigüedad fuera de la cronología, pero se sabe cuándo termina, que fue, en España, hace cuarenta y cinco a cincuenta siglos²⁰.

Estas otras informaciones etnográficas son del área leonesa:

Las *pedras del rayo* podían ser las *fulguritas* romanas, concreciones de rayos de arena fusionados por el efecto eléctrico del rayo. Según otras creencias estas piedras caían con la centella, se hundían siete estadios bajo tierra y cada año subían un estadio, de modo que a los siete años se encontraban otra vez en la superficie, tendiendo a volver a las nubes, especialmente cuando tronaba, para ayudar a generar nuevos rayos. Para evitar esto último en los pueblos de los Pirineos les hacían un corte lateral o les ponían encima una piedra más pesada, cuando las llamaba la tormenta.

En todos los países europeos y asiáticos encontramos esta piedra adornada con las mismas virtudes sobrenaturales; aunque su nombre varíe de unos lugares a otros. En Islandia se la llama *pedra del trueno*, en Suecia *malla o anillo de Thor*, en Finlandia *pedra de Ullo*, por ser este Ullo el dios del rayo; en la India *flechas del rayo*, en Indonesia *dientes de rayo*, y en Hungría *flechas de Dios*.

Ovidio las llama *ceraunias* y San Isidoro y Solino mencionan con este nombre a una extraña roca de las costas de Lusitania que, por ser insensible a la luz, servía de protección ante las tormentas.

La creencia en la piedra y sus virtudes se basa en un antiguo mito europeo que contaba que el cielo estaba hecho de piedra, y por tanto, todo meteorito caído de él participaba de la sacralidad de lo alto. Quizá no fuera sólo por necesidad que las primeras armas metálicas se hicieran con los componentes de meteoritos. Las espadas y hachas así construidas estarían ungidas con los poderes del cielo.

Las que actualmente se llaman *pedras del rayo* o *de la centella*, y que a regañadientes muestra el hombre leonés, sin lugar a dudas son restos arqueológicos encontrados en viejos castros; hachas, puntas de flechas y otras piedras pulimentadas.

Estas piedras, que aún conservan algunas gentes de Valdevimbre, suelen encontrarlas por las viñas, en la zona de Farballes (pueblo recientemente

²⁰ Morán Bardón, *Obra etnográfica II*, pp. 291-292. Véase además el resumen de estas mismas informaciones en la p. 324.

te abandonado), lugar de un más que probable asentamiento astur, por lo que se identifican con hachas neolíticas, si bien no falta la leyenda ilustrativa, según la cual estas piedras las traían las gentes del Valle de Corcos, situado a mitad de camino entre Sahechores y Almanza, pues allí existía un rey que las fabricaba. Este relato encuentra su fundamento en la existencia de varias canteras de sílex en dicha zona, de donde procedían las piedras de trillo que construían las gentes de allí.

Julián Sanz Martínez señala los principales usos que tiene la *pedra del rayo* en la provincia de León: en primer lugar protege a la persona que la lleva. Al mismo tiempo preserva la casa echándola al fuego o simplemente poniéndola en un lugar visible, por ejemplo en una ventana, al lado de una vela encendida, ya que la piedra repelerá los rayos y transformará una nube peligrosa, cargada de granizo, en inofensiva y benéfica lluvia. Por último sirve para curar las enfermedades de personas y animales; por esta razón los ganaderos la tienen en los establos, y también porque se cree que las vacas que conciben en presencia de estas piedras paren hembras. Su uso más frecuente es frotar la ubre de las vacas, cuando se endurece y enferma [...]

En Montes de Valdeusa se colocaba un hacha con el filo hacia arriba a la puerta de la iglesia o de las casas del pueblo.

Esta costumbre no es exclusiva de nuestra provincia, sino que también la encontramos en Vascongadas. En muchos lugares de esta región se siguen colocando por fuera de las casas hachas de bronce o hierro, con la finalidad de desviar la trayectoria de las chispas cuando estalla un temporal...

Una figura de estas características puede verse en el ídolo pétreo de Nogar: un hacha bicéfala inscrita en una piedra de puente de este pueblo cabreirés. Al decir de las gentes de la zona este viejo ídolo neolítico preserva al pueblo de los males que le pueden sobrevenir, por ejemplo las tormentas estivales²¹.

El folclorista asturiano Aurelio de Llano recogió, en las décadas iniciales del siglo XX, informaciones también muy interesantes sobre las *pedras del rayu*:

El hacha neolítica en los tiempos remotos ha sido objeto de un culto. En algunas ciudades de Grecia aparece sobre la cabeza del toro sagrado que sirve de ornamentación a algunos vasos...

Y los lictores la llevaban como insignia delante de los cónsules. A esta arma y herramienta a la vez, que Ovidio llama *ceraunia*, los aldeanos as-

21 Francisco Javier Rúa Aller y Manuel E. Rubio Gago, *La piedra celeste* (León: Excma. Diputación Provincial, 1986), pp. 103-106.

tures la llaman *pedra de rayu*. Y le atribuyen virtudes sobrenaturales y origen celeste, como también se lo atribuyen a los campesinos alemanes al creer que las arrojó a la tierra, el dios del trueno, Donar, el del terrible martillo de piedra.

En el concejo de Caravia yo he visto en mi juventud una *pedra del rayu* en un establo; la tenía allí su dueño porque se cree que las vacas que conciben en presencia de ella paren hembras.

Y cuando una vaca enferma de la ubre, mojan la piedra con leche y frotan ligeramente la parte enferma; como este masaje suele dar resultado, creen que la curación de la vaca es debida a la virtud de la *pedra del rayu*.

El 21 de junio de 1921, el vecino de Pola de Somiedo Genaro Cabeza, me enseñó en su casa una hermosa hacha neolítica y me dijo: “Esta *pedra del rayu* no la doy por dinero; la heredó mi mujer de sus padres, y ha curado muchas vacas en esta comarca”²².

También son asturianas las siguientes informaciones sobre las *pedras del rayu*:

Piedras del Rayu. Son hachas neolíticas. Se creyó que caían del cielo, durante las tormentas. Suelen ser de diorita, serpentina, jaspe. Al caer con el rayo penetraban siete estados —varas— en la tierra, para surgir a la superficie a los siete años; o que es el rayo el que se hunde y sale luego convertido en piedra. Para comprobar si es o no piedra del rayo se la ciñe con un hilo, luego se pone al fuego; si no arde el hilo, entonces es *pedra del rayo*.

Fueron utilizadas para preservar el ganado, así como para evitar tormentas, pues alejan los rayos. Algunas personas las conservan con gran estima; se heredan, y se piden prestadas cuando las circunstancias lo exigen. Se frotan con ellas las ubres de las vacas si están enfermas. Suelen tenerse en la cuadra, pues así las vacas parirán hembras, que es lo preferido por los campesinos²³.

Aún muy a finales del siglo XX ha sido posible recoger, en la misma región de Asturias, datos que prueban la vigencia de estas creencias:

Las piedras del rayo caen y yo qué sé qué movimientos harán que quedan redondinas. Eran muy buscadas porque si una vaca tenía un acceso de hinchón o de pus o de algo, le pasaban la piedra del rayo y era un remedio muy bueno. Caen con el rayo, o que el rayo las coge y las *haz* dar vueltas.

²² Aurelio de Llano Roza de Ampudia, *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones, creencias* (Oviedo: reed. Instituto de Estudios Asturianos, 1972), p. 132.

²³ Luciano Castañón, *Supersticiones y creencias de Asturias* (reed. Gijón: Ayalga, 1976), pp. 23-25.

Queda redondina, redondina, así..., yo qué sé, del tamaño de un huevo, más planina. Son así como rojas y blancas, con unos colorinos muy guapines. Hubo una en mi casa, donde me crié. Una pedrina más pequeña que el vaso ese, redonda, lisa y toda rayada. Cuando la partición de mi casa fue preciada en una onza. Donde *tá* la piedra ya *nun* caían chispas. Yo la piedra conocí en casa, era una pedrina muy pequeña, rayada y toda lisa, toda a rayas, anegrazada. Yo la piedra *nun* sé de *ónde* vino *nin* el principio, pero conocí la piedra en casa. Cuando *hiciendon* la partición la piedra esa fue preciada *n'*una onza. Dieciséis duros que era la onza de entonces. Todavía cuando yo me casé quedaba en casa²⁴.

En la comarca zamorana de Sayago parece que la piedra del rayo ha sido utilizada con fines mágico-supersticiosos

Pero cualquier objeto raro colgado en la cuadra, una escoba colocada detrás de la puerta, un cristal de cuarzo al que llaman piedra del rayo, etc. pueden tomarse como talismanes para ahuyentar los malos espíritus y curar el mal de ojo²⁵.

De la tradición de la provincia de Toledo son las siguientes informaciones:

Debió estar muy extendida en la provincia la creencia en “las piedras de rayo”, o piedras que caían de las nubes al igual que los rayos. En algunos lugares se diferenciaban las más bastas y grandes (llamadas *rayos*) de las más pequeñas y finas (llamadas *centellas*), tratándose en ambos casos de hachas neolíticas (la centellas, realizadas en piedras más finas, probablemente fueron votivas).

Según la creencia general, estos “rayos” pueden caer en cualquier parte y destrozarlo todo (casas, árboles) antes de hundirse en el suelo, matando a personas y ganados. Pasando un tiempo enterradas (en algunos lugares son siete años concretamente) vuelven a la superficie y, si se encuentran, son una segura protección contra los rayos, actuando como amuletos preservadores. Se guardan en las casas en la creencia de que donde hay una no caen otras. Para saber su virtud, en Las Ventas de San Julián, se ata una hebra de hilo a una “centella” y se pone en la lumbre. Si el hilo no se quema, se guarda la piedra como protección contra los rayos.

24 Jesús Suárez López, con la colaboración de José Manuel Pedrosa, *Folklore de Somiedo (Leyendas, cuentos, tradiciones)* (Gijón-Somiedo: Museo del Pueblo de Asturias-Ayuntamiento, 2003), núms. 57-58.

25 Juan Antonio Panero, *Sayago: costumbres, creencias y tradiciones* (Medina del Campo: Carlos Sánchez Editor, 2000), p. 126.

Hay centellas que no responden a la forma general (hacha), siendo, sencillamente, cantos rodados, pero, al haber superado la prueba descrita de manera positiva, se conservan, atribuyéndolas la misma virtud.

Esta creencia está más extendida en los pueblos serranos y, concretamente, en San Pablo de los Montes, se llevaban estas piedras en los bolsillos cuando había nubes.

Actualmente hemos recogido pruebas de su creencia en Las Ventas de San Julián, pero debe permanecer en más localidades²⁶.

De diversos pueblos de la provincia de Salamanca son las siguientes creencias y prácticas relacionadas también con las piedras del rayo:

- Meter la piedra del rayo en la lumbré, se coge con unas tenazas y se saca a la puerta de casa para que se apague con el agua de la lluvia, y así se aleje la tormenta y no caiga el rayo.
- Sale a los siete años de haber caído el rayo.
- Es blanca con esquinas afiladas.
- Es blanca y del tamaño de un riñón y en sus inmediaciones no vuelve a caer otro rayo.
- Es alargada y negra.
- Tiene forma de concha de jabón.
- Tiene forma de cuña afilada de color azulado.
- Es de color cobrizo y antiguamente la usaban los segadores para aguzar las guadañas.
- Es de forma afilada.
- Están debajo de la tierra hasta que alguien las encuentra.
- Por un lado es a pico y por el otro como una macheta.
- Es de forma de hacha con un corte puntiagudo; trae malicia. Es una chispa que viene convertida en lumbré y lo atraviesa todo. Huele como el azufre.
- Trae mala suerte tenerla.
- Frotarse las articulaciones con ella evita los dolores del reuma.
- También se llama "Piedra de Guijo". Es dura, con muchas caras y termina en punta. Si procede de la chispa, se ata con un hilo, se mete a la lumbré y, si no se quema el hilo, es la prueba de que es la piedra del rayo²⁷.
- Piedra del rayo: tarda siete años en subir a la superficie²⁸.

²⁶ Consolación González Casarrubios y Esperanza Sánchez Moreno, *Folklore toledano: fiestas y creencias* (Toledo: Diputación Provincial, 1981), p. 142.

²⁷ *El tiempo. Meteorología y Cronología Populares*, ed. J. F. Blanco (Salamanca: Diputación, 1987), pp. 76 y 78.

²⁸ *Prácticas y creencias supersticiosas en la provincia de Salamanca*, ed. J. F. Blanco (Salamanca: Diputación, 1987), p. 44.

Todavía en el año 2003, estrenado ya el siglo XXI, era posible recoger en el pueblo burgalés de Reinoso esta información:

En casa del abuelo Felipe yo me acuerdo que sí que había una piedra. Era una piedra así, de un color rojizo. Era una piedra como un poco en forma de hacha. Dicen que había caído un rayo, y que había caído la piedra. [La llamaban piedra del rayo]. Así decían mis abuelos, no sé²⁹.

Estas informaciones son de Portugal:

El rayo se entierra siete brazas y reaparece en la superficie de la tierra al cabo de siete años [...]

Es creencia general que el rayo (*perigo*, como aquí le llaman) se entierra siete brazas, y sólo aparece en la superficie de la tierra pasados siete años, por lo que sube por tanto una braza cada año.

Cuando se encuentra un objeto que se juzga que es un rayo, se guarda cuidadosamente. El local donde debe ser guardado varía mucho. Unos lo colocan en el oratorio entre las imágenes de santos, encendiendo luces de cera o aceite, cuando hay tormenta. Otros lo ponen en la chimenea o en uno de los agujeros que sirven para poner la tranca de la puerta. Algunos prefieren el tejado para depósito de su talismán.

A pesar de estas divergencias en la elección del local para depositar el amuleto, todos están de acuerdo en sus virtudes, y afirman llenos de convicción: “en la casa donde hay una piedra del rayo, no cae otro”.

Por esta razón hay una gran dificultad en obtener aquí cualquiera de esos instrumentos, tal es la creencia y fe que se depositan en ellos.

El pueblo, al sentir una tormenta, o al ver rasgarse el cielo con un relámpago, tira, reverente y humilde, “o seu barrete”, y cualquiera es capaz de cometer los peores excesos contra la persona que tenga un ataque de risa o que diga alguna gracia.

Nunca le llaman rayo, sino *perigo*.

En la creencia popular hay diversas especies de rayos: *o perigo*, *a centelha* e *o corisco*.

El menor de todos es *a centelha*, según el decir del pueblo³⁰.

29 Elías Rubio Marcos, José Manuel Pedrosa y César Javier Palacios, *Creencias y supersticiones populares de la provincia de Burgos. El cielo. La tierra. El fuego. El agua. Los animales* (Burgos: Tente-nublo, 2007), en prensa. En la misma obra se editan más informes etnográficos sobre piedras del rayo.

30 Arronches Junqueiro, “Sonhos e agouros”, *A tradição: Revista Mensual d’Ethnographia portuguesa, ilustrada* (Serpa: Câmara Municipal, reed. facs. 1997) Año II, vol. II (1900), pp. 54-56 y pp. 124-125, pp. 56 y 125.

Muchos más documentos, y de todo el mundo, podríamos seguir allegando para dar fe del arraigo, viejísimo y pluricultural, de las creencias en piedras del rayo, en sus supuestamente prodigiosos orígenes, en sus pretendidamente místicas virtudes. Pero el propósito que perseguíamos al ofrecer estas muestras, tan diversas como selectivas, ha quedado ya sobradamente cumplido.

Feijoo y, antes de él, su modelo Jussieu, no sólo terciaron e intentaron dar nuevo rumbo, en sus respectivos tratados acerca de las piedras del rayo, a una polémica teórica que había ocupado a muchos sesudos aunque errados comentaristas de su época y de las anteriores (y que siguió entreteniéndolo y equivocando a unos cuantos posteriores). Sus glosas, sus críticas, sus refutaciones, tampoco perdieron jamás de vista el sustrato “vulgar”, popular, tradicional, sobre el que a fin de cuentas se cimentaba toda aquella discusión.

Su compromiso con la razón científica, a cuya luz se propusieron examinar los dos pilares (el teórico intelectual y el práctico costumbrista) sobre los que se asentaba un pensamiento común que estaba cargado de errados atavismos, fue, como vemos, entregado y total; su esfuerzo, ciclópeo; sus hallazgos, de una trascendencia simbólica que va mucho allá de los innegables progresos de las ciencias empíricas que ellos impulsaron.